



Momias que se desmoronan en una catacumba de Palermo, Sicilia. Como la muerte borra todas las formas externas de la vida, muchos creemos que la muerte—el término de nuestra asignación del tiempo que pasa—trae el olvido a toda consciencia. Pero semejante creencia implica que la vida carece de sentido.

planeta, ha tenido dos guerras mundiales y ahora elabora planes para una tercera, que sería un Día del Juicio Final fabricado por el hombre. Sus técnicas de persuasión en masa están convirtiendo a los hombres en borregos.

Y el hombre urbano del siglo xx es el mayor derrochador de tiempo, el mayor asesino de tiempo, que haya conocido jamás esta tierra. Y en toda esta corrupción global, los teóricos del Tiempo no han tenido la menor participación.

Pero esto no es cierto en lo que respecta al concepto ordinario del Tiempo, la idea de que, en definitiva, todos nuestros momentos no forman nada, la convicción de que nuestra existencia carece de sentido. Es esto lo que niega la «gravidad del momento». El momento no importa, porque solo es otro pasito hacia el olvido final. Ya no hay un Cielo que ganar o perder, un Infierno al cual ser condenado. No hay nada. Todo es *un cuento narrado por un idiota*. El Tiempo nos lleva a empujones hacia el gran sueño.

Pero, ¿y si el Tiempo no es tan simple como la mayoría de la gente se imagina? ¿Y si algunos de los teóricos tienen razón? La perspectiva cambia inmediatamente, aunque no todas sus sombras sean más suaves, no todo su colo-

rido más armonioso. Supongamos que estamos sentenciados no a muerte, no a dormir y olvidar, sino a vivir, a seguir viviendo con nosotros mismos, con lo que hemos sido, con lo que hemos hecho... Supongamos que, al morir, solo nos desembarazamos del tiempo del mundo, de la fecha de mañana, pero que no escapamos a nuestro propio tiempo y a lo que de este hemos hecho... Estando seguros del olvido, los suicidas se ponen el cañón de una pistola en la cabeza o una ampolla de cianuro entre los dientes, para borrar todas las consecuencias de sus maldades o locuras. Pero ¿y si se encuentran con que aún existían, aunque ahora sin el recurso de la bala o el veneno, y teniendo que hacer frente a todas las consecuencias? ¿Y si un hombre va por la vida bostezando, perdiendo toda curiosidad y gusto y sentimiento, no esperando más que irse a dormir para siempre, y luego descubre, después de la muerte, que todavía está despierto, todavía es consciente, en medio de un aburrimiento más gigantesco y sofocante que nunca? ¿Y si las personas que han llenado su vida de ocio y recelo no dejan en el cementerio más que sus cuerpos, mientras sus mentes van errabundas por un infierno que se han creado a sí mismas?

Tales cosas pueden suceder o pueden no suceder. Nadie lo sabe. Como teórico del Tiempo, creo que las probabilidades están en favor de que suceda algo de esa suerte, precisamente porque creo que nuestra consciencia no existe enteramente en el tiempo que pasa y que la muerte no trae el olvido absoluto. Pero lo que deseo dejar sentado aquí es que resulta completamente irrazonable acusar a las teorías del Tiempo de «negar la gravedad del momento». No solo no niegan esa gravedad, sino que acentúan tajantemente nuestra impresión de la misma. Dan al momento profundidad y significación.

Uno de mis comunicantes de la B.B.C.—el único entre un millar o más—adoptó un criterio freudiano respecto a mi preocupación por el Tiempo. (El mismo lo denominó freudiano.) Dijo que esa preocupación mía nacía de un temor inconsciente a la muerte. Bueno, nunca he pretendido componer una figura heroica, y, desde luego, comparto la aprensión general respecto a las catástrofes físicas: altos puentes que se derrumban, aviones que estallan envueltos en llamas, choques frontales de coches y demás. Por otra parte, habiendo estado cerca de la muerte en varias ocasiones, he experimen-

tado esa extraordinaria sensación de desprendimiento, con los acontecimientos moviéndose lentamente, que parece sugerir que parte de nuestro ser existe en otra clase de Tiempo.

Ciertamente, no comparto la opinión, muy corriente en una amplia zona de nuestra civilización, de que es morboso y de mal gusto mencionar a la muerte en absoluto. Pienso que muchas personas están ahora obsesionadas por un curioso y combinado temor de vida-y-muerte, deseando secretamente que ambas cosas sean reducidas y privadas de todo color. Como escribe Nicoll en *Living Time*:

La dificultad consiste en que la gente no quiere pensar, no quiere despertar. Ni siquiera cuando estamos descontentos con la vida, queremos realizar el esfuerzo de pensar o buscar nuevas perspectivas. El hombre necesita goces momentáneos, no quiere que le molesten, prefiere aferrarse a las opiniones que tiene y hacer que todo sea para él lo más fácil posible... La mayoría de nosotros buscamos el descanso en la muerte o el aniquilamiento. ¡Con cuánta frecuencia no oye el médico decir al moribundo: «Solo deseo descansar y olvido», incluso en labios de aquellos que parecen haber abrigado las creencias religiosas más firmes...!

Naturalmente, esto solo ha de esperarse cuando un hombre está cansado de luchar contra